



ce. El PSU ha seguido una línea difícil, plagada de escisiones, de tendencias, de desunión. La más llamativa de todas fue la crisis provocada por la relación con la llamada Federación de Izquierda Demócrata. Un grupo del PSU se opuso a formar parte de la Federación, mostrando una hostilidad importante a las ideas de Guy Mollet, que pretendía hacer de la Federación un instrumento de dominio propio y una organización de la izquierda anti-comunista. Esta tendencia del PSU estaba encabezada por Michel Rocard y resultó favorecida por los dos tercios de los afiliados. De esta manera, el joven inspector se encontró a la cabeza del PSU, desbordando a figuras históricas como Claude Bourdet y Gilles Martinet (los que fueron fundadores del «Observateur» y cabezas visibles de la nueva izquierda), como Edouard

Depreux, como Serge Mallet. La idea política de Rocard consiste en que su partido sea una especie de conciencia visible del marxismo, una especie de guardián permanente de la pureza doctrinal, aun a costa de ser eternamente un partido minoritario y de quedarse al margen de las posibilidades del poder. Fue esta reserva frente al «sistema» la que le hizo comprender, mejor que los otros partidos, los movimientos de mayo y, en nombre de ella precisamente, Michel Rocard quiere en estos momentos presentar su candidatura, ofreciendo a los partidos de la izquierda una especie de «neutralismo socialista», un equilibrio que ninguno de los prohombres de la izquierda clásica, demasiado personalistas y demasiado comprometidos con tendencias conocidas y partidistas, puede ofrecer hoy.

Utah) se almacenan agentes activos suficientes para matar cien millones de personas sin que tengan ninguna protección especial para el caso de un ataque «del enemigo». Alega que continuamente se transportan armas químicas en trenes expuestos a cualquier accidente, y que los gérmenes mortíferos creados en los laboratorios del Pentágono se transportan en bidones corrientes, no vigilados, a bordo de aviones comerciales. El congresista dice que los Estados Unidos están realizando una guerra química en el Vietnam con la utilización de gases lacrimógenos y productos contra los árboles y la jungla, que el almacena-

miento de esos productos en primera línea los tiene siempre expuestos a un error de bombardeo americano y, por lo tanto, a volverse contra sus propias tropas. Explica que los gases lacrimógenos están incluidos en la convención de Ginebra de 1925 como prohibidos, que esa convención fue originalmente propuesta por los Estados Unidos pero que, después de ello, el Senado se ha negado siempre a ratificarla, y que el Presidente Nixon debería sumarse a los esfuerzos británicos para llegar a una prohibición total y absoluta de la producción, posesión y uso de las armas llamadas biológicas.

CUIDADO CON LOS GERMEENES

Un informe contra la guerra química



El representante demócrata Richard McCarthy (ninguna relación con Eugene McCarthy, ni evidentemente con el tristemente célebre Joe McCarthy) ha presentado un informe ante el Con-

greso que la preparación de la guerra química y biológica por parte de los Estados Unidos constituye un grave peligro para el propio país. Según él, solamente en dos Estados (Colorado y

La desaparición progresiva de lo que se llama la virilidad en las sociedades occidentales se tiene comúnmente como un bien por parte de las modernas escuelas sociológicas, que entienden que virilidad es una condición que sólo puede existir en relación con otra, femineidad, y, puesto que se ha ejercido siempre como dominio de ésta, es injusta. El ideal de esta corriente sociológica sería que la función sexual no supusiera ninguna ventaja o privilegio social. De ahí nacen todos los movimientos de emancipación de la mujer. Pero no todo el mundo está de acuerdo con esas ideas. Hay quien cree que el punto de equilibrio se ha sobrepasado y las relaciones se han revertido, hasta el punto de que existe ya un dominio femenino. Hay quien cree que la virilidad es necesaria para la organización de la sociedad. Y de ahí acaba de nacer en Estados Unidos la SEAM, o Society for the emancipation of the American Male, Sociedad de emancipación del hombre americano. Se enfrenta directamente con el NOW (National Organization for Women) y el WLM (Women's Liberation Movement), presidido el primero por Betty Friedan. La SEAM tiene como propósito principal «restaurar el patriarcado americano» y volver a situar al hombre en «su justo puesto de cabeza de familia». El presidente y fun-

dador de esa sociedad es un americano de origen libanés, Kahlil Samra, quien, con el seudónimo de Carlton M. Brown, publica el libro «La caída del macho americano». Hasta hace poco era también presidente de la Fundación Americana para la Esquizofrenia, una organización que intentaba relacionar las enfermedades mentales con los desórdenes metabólicos. El vicepresidente es Robert Beauchamp, agente de seguros. Han encontrado ya dos mujeres que comparten sus teorías: las suyas propias, que figuran, respectivamente, como secretaria y tesorera de la organización. La esposa de Samra es una conversa. Procede del movimiento feminista de Betty Friedan, pero su matrimonio y el nacimiento de su hijo, que hoy tiene diez años, le han hecho ver las cosas de otra manera. Cree ahora, con su esposo, que el puesto de la mujer está en el hogar y no en buscar trabajo o ejercerlo, salvo caso de extrema urgencia en la familia. La sociedad mantiene que el patriarcado es una institución esencial, y que en los países en que se practica aún, como Italia, Grecia, Japón y la India, existen en menor medida que en otras sociedades una serie de problemas que van desde la delincuencia juvenil hasta el alcoholismo. Pretende «liberar» al hombre norteamericano de una serie de leyes que considera discriminatorias,

LA EMANCIPACION DEL HOMBRE

como las que se refieren al divorcio, la pensión alimenticia que los esposos deben entregar a sus esposas divorciadas y la tutela de los hijos, generalmente concedida por los tribunales a las mujeres que se divorcian de sus esposos, en detrimento de éstos. «No somos —explica Samra— antifeministas militantes. Por el contrario, creemos que existe una santidad en el papel de la mujer, y que ésta debe ser tratada con una cierta dosis de respeto y gentileza». Se proponen publicar una revista que llevará el título de «El pa-

triarca americano». Los movimientos feministas no conceden demasiada importancia a esta sociedad, y hasta apuntan que es un invento puro y simple de Kahlil Samra para ganar dinero después de haber perdido su empleo en la Fundación para la Esquizofrenia, y que sus ideas proceden del fondo árabe de su nacimiento y su primera educación, pero que carecen de verdadera aplicación en los Estados Unidos, donde el desarrollo social es muy distinto.

MONTEJURRA Y EL JOVEN CARLISMO

Todos los años, en la primera semana de mayo, se celebra en Montejurra una concentración carlista. Por alguna causa, esta concentración ha venido siendo calificada por los medios informativos de «romería» y ha pasado a engrosar el calendario folklórico de la nación, con un tratamiento paralelo al que puedan tener la Feria de Abril en Jerez, las Fallas en Valencia o la fiesta de Moros y Cristianos de Alcoy. No quiero decir que la concentración de Montejurra no tenga algo, y aún mucho, de romería tradicionalista. En efecto, los romeros se reúnen en el monasterio de Irujo, próximo a Estella, y ascienden hasta la cumbre del monte por un camino pedregoso para hacer el Via Crucis, deteniéndose ante las grandes cruces levantadas en memoria de los mártires de la Tradición. La fiesta, en su conjunto, tiene mucho de raigal, iba a decir, mucho de valleinlanesco y hemingwayano. Miles de boinas rojas —cien mil según los optimistas— ponen en el vigoroso paisaje de Navarra el colorido de una solidaridad antigua, de raíz hondamente popular. La explanada llamada de La Campa se llena de coches y autobuses de todas las provincias españolas que, en la ideología del carlismo, dejan de ser provincias para convertirse en nacionalidades. La variedad lingüística española encuentra allí una expresión llana, sin conflicto, demostrando hasta qué punto la sensibilidad popular es ajena a las imposiciones del centralismo. La mayor parte de los peregrinos de Montejurra son gentes sencillas y no es raro ver allí a los jóvenes que cos-

tean su viaje vendiendo medallas y banderines y a los mendigos que llegaron andando de otras tierras y que, tocados con la boina roja, repiten el antiguo sonsonete de los milagros. No hay duda que la concentración de Montejurra es una peregrinación a la montaña-santuario de los mártires. Pero, para un observador imparcial, como creo que yo era el otro día, la concentración de Montejurra tiene otras implicaciones de mayor profundidad que nos plantean una serie de cuestiones relacionadas con nuestro presente. Cuestiones que no se refieren exclusivamente a un mero problema dinástico, planteado este año con mayor virulencia a raíz de la expulsión de la familia Borbón-Parma, sino que afectan a una serie de aspectos cruciales de nuestra vida colectiva y que es preciso analizar a la luz de recientes acontecimientos. Me sorprendió el otro día ver, junto a los viejos tradicionalistas, a un elevado porcentaje de jóvenes, algunos de ellos universitarios, que parecían oponer al populismo instintivo de sus mayores una más cuidadosa reflexión de los problemas actuales. No es el suyo, afirman ellos, «un nuevo Carlismo» y el mismo José Angel Zubizar, en el acto político que se celebró, a pesar de los pesares, en La Campa, tuvo especial interés en recalcar que en el Carlismo no hay «viejo» ni «nuevo», sino una continuidad de pensamiento. En esta época de descrédito de todos los «slogans», más que rendirnos al escrúpulo que necesariamente ha de provocar en nosotros la leyenda ultramontana del Carlismo,

sería interesante analizar, aun estando en contra de ellos, sus principios más importantes, su anticentralismo («España no es Madrid»), su colectivismo agrario, su concepción de la representatividad y sus ideas sociales que, según afirman los carlistas, quedaron reflejadas en el Acta de Loreá antes de ser sancionadas por la «Rerum Novarum». En nuestros días, las ideas del Carlismo han sido expuestas a menudo en publicaciones del tipo de las «autofinanciadas», en anticuado formato y han padecido de la

confusión automática producida en la mente española entre Carlismo e Integrismo. Un viaje a Montejurra debe sugerirnos algo más. Debe sugerirnos cuanto menos la pregunta de si esto es realmente como venía creyéndose o si, por el contrario, el Carlismo tiene algo que aportar al futuro; si el Carlismo es, como solía decirse en un tiempo, «un pueblo de leones conducido por borregos» o si por el contrario sus líderes tienen conciencia de la magnitud de la empresa que hemos de acometer los españoles. ■ L. C.

UNA ESTETICA DE LA VIOLENCIA Glauber Rocha, en trance



TIERRA EN TRANCE

«Dios y el diablo en la tierra del Sol» fue, sin duda alguna, una de las películas más importantes estrenadas en España el pasado año. Con ella hacía su presentación el «cinema novo» brasileño, uno de los movimientos más interesantes de los últimos años, del que luego apenas si se ha traído alguna muestra, como «La fallecida», «Los fusiles» y «Fieras humanas». Ahora, con motivo de la celebración de la Semana del Brasil, se ha desarrollado un ciclo, compuesto por siete títulos, que permite una aproximación, si no completa, sí significativa al referido movimiento. Realizadores de los que se conocía el nombre pero no la obra han dejado de ser un misterio. Los films, naturalmente, no son todos de la misma categoría, y en más de un caso, como el de «El desafío», de Paolo César Sarazeni, que venía precedido de gran fama, la decepción se ha producido. Pero, al margen de toda consideración aislada, el ciclo ha sido revelador. En primer lugar, porque ha proporcionado la posibilidad de conocimiento directo de parte de una cinematografía que, por una serie de razones, debe interesar especialmente a los españoles. Luego, porque dentro de él ha habido un film excelente, «El niño del ingenio de azúcar», de Walter Lima, Jr.; otro muy interesante, «El justiciero», de Nelson Pereira dos Santos, y uno absolutamente excepcional, «Tierra en trance», de Glauber Rocha. Rocha domina, a mucha distancia, el panorama cinematográfico de su país. Se trata de un cineasta fuera de serie, del que puede pronosticarse ya, a pesar de la brevedad de su obra y de su extremada juventud, que perte-

nece a la madera de los Welles, de los Buñuel. Si en «Dios y el diablo», su segunda película —la primera, «Barrio-vento», no ha llegado a Europa—, se revelaba como un autor absolutamente nuevo, capaz de revolucionar los conceptos tradicionales de la narrativa cinematográfica, en la tercera, «Tierra en trance», sobrepasa todas las esperanzas puestas en él y realiza una de las obras más originales, más auténticamente revolucionarias del cine universal de los últimos años. ¿Qué puede haber hecho en su cuarta, «Antonio das Lopez», que se presentará en el inminente Festival de Cannes?

«Tierra en trance» es, ante todo, un film político. Pero nada tiene que ver con el panfleto ni con el banderín de enganche. Por el contrario, se trata de una personalísima reflexión sobre las posibilidades de acción en un contexto determinado —el hecho de que la acción transcurre en un país imaginario, «Eldorado, país interior, Atlántico», no engaña, naturalmente, a nadie— vistas a través de la crisis permanente de un intelectual sucesivamente al servicio de los dos líderes principales, abiertamente fascista el uno, pretendidamente democrata el otro, y del gran capitalista, en cuyas manos se encuentra la gran industria y los medios de información. El protagonista, que es herido de muerte en los primeros metros de la película, recuerda desordenadamente, en las dos horas que duran la película y su agonía, los episodios que han marcado los últimos diez años de su vida, su ir de uno a otro líder, su búsqueda de una verdad que le es imposible alcan-

